

bra «pater», referida a Dios, se usa en el cuarto Evangelio ciento dieciocho veces, mientras que Mt la usa cuarenta y cinco, Mc cuatro y Lc diecisiete. Esa cifra, sin embargo, no coincide con la que da luego, al decir que «el cuarto evangelio utiliza muchas más veces el vocablo *pater* para hablar de Dios que la palabra *theós*. En este sentido es el único libro del Nuevo Testamento en donde hallamos esta superioridad: 120 veces se habla de Dios como *pater* (antes dijo 118), mientras que sólo 75 se utiliza *theós*» (p. 140). Es un pequeño error, comprensible y fácilmente explicable por el uso de diferentes concordancias consultadas. Es también interesante el estudio comparativo que hace sobre el Paternoster y la Oración sacerdotal de Cristo en Jn 17 (cfr. p. 161 ss.).

Estudia, además, la Pneumatología en el cuarto Evangelio, dedicando bastantes páginas al tema. Considera que en los primeros doce capítulos hay «una verdadera preparación del tema del Espíritu Santo» (p. 163), mientras que en los discursos de despedida en la Última Cena se habla más directamente del Paráclito, cuyas funciones «se reducen fundamentalmente a dos: a dar testimonio de Jesús (15,26) y llevar a la verdad completa (16,13)» (p. 165). El tema de la fe es, sin duda, fundamental en el cuarto Evangelio, y el A. lo estudia en diversos momentos. Estima que para San Juan la fe tiene «un tono de relación personal muy marcado; pero no de una relación vaga o abstracta, sino muy concreta: se trata de aceptar a Jesús de Nazaret personalmente y establecer, en consecuencia, una relación con él» (p. 179). Se refiere también a la caridad, aunque con más brevedad. La relaciona con la fe que «se manifiesta en el amor. Y se puede decir que no hay fe allí donde no hay amor» (p. 185).

Antonio GARCÍA-MORENO

Ceslas SPICO, *Connaissance et Morale dans la Bible*. Ed. Universitaires Fribourg-Ed. du Cerf («Études d'Étique Chrétienne»), Fribourg-Paris 1985, 186 pp., 16 x 24.

Son sobradamente conocidas las palabras del Concilio Vaticano II que invitan a la renovación de la Teología Moral: «Aplíquese un cuidado especial en perfeccionar la teología moral, cuya exposición científica, más nutrida de la doctrina de la Sagrada Escritura explique la grandeza de la vocación de los fieles en Cristo, y la obligación que tienen de producir su fruto para la vida del mundo en la caridad» (P. O., n. 16). Para el moralista constituye, por tanto, un motivo de satisfacción el encontrarse con monografías o estudios de exegetas que abordan el análisis bíblico de temas morales. Y si se hace con la extensión, el rigor, la claridad y la hondura de que hace gala el P. Spicq, a la satisfacción se añade el agradecimiento, al comprobar como se iluminan algunos de los graves problemas que afectan hoy a la Teología Moral.

«El tema del conocimiento es central en la Biblia, desde el conocimiento del bien y del mal hasta la revelación del Nombre divino y la confesión del verdadero Dios» (p. 9). El A., al hilo de lo que la Sagrada Escritura entiende como conocimiento de Dios, pone de manifiesto la doctrina bíblica sobre algunos puntos centrales de la moral.

La obra se estructura en seis capítulos, seguidos de una conclusión y dos apéndices en los que se lleva a cabo un estudio filológico de los términos «noūs» y «gnômè». En el capítulo I, se pone ya de relieve que el saber o conocimiento bíblico no tiene un carácter meramente teórico, abstracto, sino que, además de la dimensión intelectual, entraña igualmente connotaciones morales y religiosas, «implica una relación entre sujeto y objeto, si bien, cuando se trata del conocimiento de Dios, su contrario no es tanto la ignorancia o el error cuanto la desobediencia, la autonomía, la rebelión» (p. 14). Es lo que resalta en el segundo capítulo, dedicado al estudio del pecado de Adán; en dicho pecado se descubre una «aspiración a la autonomía, en virtud de la cual quieren elegir lo que será para ellos bueno y malo y, atentando la soberanía divina, se despojan de su condición de criaturas» (p. 37). Muy al contrario, pensar al modo de Dios y ser capaz de juzgar en cada caso concreto lo que El quiere, exige una renovación de la inteligencia que supone una renuncia profunda, la ofrenda de toda la persona a Dios; sólo así se alcanza la sabiduría de Dios que no siempre es algo «razonable» según las consideraciones humanas (p. 48). ¿Cómo conocer con exactitud la voluntad de Dios?. La respuesta a este interrogante constituirá el contenido de los capítulos siguientes, que se ocupan de la ley natural y divino positiva, la conciencia y la prudencia. El A. afirma, con toda la tradición, la existencia de una ley natural, accesible a todo hombre dotado por Dios de la facultad de pensar y razonar (pp. 53 ss.). Dicha ley proviene de Dios y es participación de la ley divina, de modo que cada hombre «conoce» la manera general en que debe comportarse para agradar a Dios (p. 56). Pero será un privilegio de Israel haber recibido de Dios mismo una ley que le permita saber cómo proceder en las mil circunstancias de la vida diaria; las exigencias concretas y diarias de la vida moral no están indicadas en las orientaciones generales de la ley natural (p. 58). Por otra parte, la sumisión a las leyes de la autoridad civil viene por la consideración de Dios como fuente de todo poder humano que ha sido entregado a los hombres en vistas al bien.

Pero la voluntad de Dios no se deja conocer por el hombre sólo a través de la ley natural, la ley divino positiva y las leyes humanas. En el Nuevo Testamento, sobre todo por obra de San Pablo, las prescripciones de la conciencia se ponen al nivel de la ley; en ocasiones, pueden incluso sustituirla. San Pablo sustituye el legalismo del «nullum crimem sine lege» por la conciencia que revela la voluntad de Dios y dicta lo que es preciso hacer o evitar» (p. 80). Naturalmente que eso no quiere decir en modo alguno que la conciencia sea el tribunal supremo de la moralidad: el último juez es Dios mismo (1 Cor 4,3). «Sólo la unión con el Espíritu Santo garantiza de modo supremo la verdad» (p. 86); por ello necesita ser educada y tomar sus decisiones

a la luz de la fe —y son muchos los cristianos mal informados de su exacto contenido— y no bajo el influjo de las pasiones, los malos hábitos o las costumbres sociales (p. 87). De ahí la necesidad de la prudencia cristiana: es ésta la que informada de la voluntad de Dios por la ley natural y las leyes positivas y por la propia conciencia, debe regir la vida del cristiano. Ese «sentido justo de lo que debemos hacer» supone necesariamente el «conocimiento» amoroso de Dios y de su ley (pp. 90-91). La vida moral es fruto del conocimiento de Dios: son las verdades religiosas y morales las que deben dirigir la vida cristiana. Pero para la rectitud de ésta, se precisa igualmente la rectificación y enderezamiento de la voluntad: sólo así tendremos una conciencia recta y verdadera en conformidad con el pensamiento divino.

La prudencia, como la misma conciencia, debe ser educada. Es aquí donde interviene la Iglesia (p. 112). Es la Iglesia la encargada de impartir la «educación cristiana» gracias a sus evangelistas, a sus doctores, a sus enseñanzas que no cesan de instruir, reprender, prometer, corregir, dar ejemplos o castigar: una enseñanza institucional que se desarrolla bajo la luz del Espíritu Santo. Una educación en la Iglesia y por la Iglesia que bien puede llamarse «gracia educadora» (p. 130). Una educación religiosa y moral que reposa sobre una Revelación escrita; que se realiza de múltiples modos y que requiere una voluntad personal vigorosa, dispuesta a superar todas las dificultades. Es la pedagogía de la cruz que conduce a la verdadera sabiduría, a la identificación con Cristo (p. 124).

Ser «inteligente» será —señala el capítulo conclusivo— comprender la radical dependencia del hombre respecto de Dios, conformarse a ella en cada momento, desplegar la propia existencia bajo la ley de Dios, Señor y Maestro, que tiene derecho estricto a nuestra obediencia y servicio (p. 144). «Comportaos como sabios» (Ef. 5,15); la sabiduría es un conocimiento dado por Dios y consiste en conocer y practicar los mandamientos de Dios; sabio es el que «comprende en cada momento lo que Dios quiere...; se conforma estrictamente a la regla de vida que es la voluntad de Dios» (p. 147).

Como puede verse con facilidad, en esta obra abundan las referencias indirectas a problemas morales de actualidad. Señalaremos tan sólo algunos de mayor interés. El A. señala con precisión algunos aspectos del carácter específico de la moral cristiana: la Nueva Alianza no sólo opera un cambio en el modo de vivir o conducta exterior, sino que produce una total renovación de la persona humana. El conocimiento de Cristo proporciona una nueva visión de Dios, del mundo y de uno mismo, que lleva consigo un trastrueque de los valores (p. 147). La autonomía de la conciencia, que subraya el carácter personal de las propias decisiones y la exclusiva responsabilidad de las mismas a cargo de quien las realiza, a la vez que la obediencia al propio juicio, no significa en modo alguno que el hombre sea dueño absoluto de sí mismo y del universo, y medida de todas las cosas: es la voluntad divina la única medida de la verdad del hombre y de su conducta. La autonomía del hombre es tanto como su madurez espiritual

y moral: realidad interior, árbitro y dominadora de fuerzas contrarias al Espíritu, fruto de esfuerzos constantes y esforzados que sólo la gracia de Dios puede hacer eficaces. La autonomía moral lejos de rechazar la ley divino-positiva y la ley de la Iglesia como principios heterónomos, sólo es posible con la intervención directa de Dios, educador por excelencia, o con las intervenciones que realiza por medio de la Iglesia que instruye, corrige y exhorta a sus miembros en nombre de Cristo (pp. 113-114). Tampoco parece que la pretendida racionalidad absoluta de la moral cristiana se compagine bien con la sabiduría cristiana, que es sabiduría de la cruz: bien distinta es la sabiduría de los espirituales, de los que poseen la madurez de espíritu, capaces de un conocimiento más alto, que poseen las virtudes morales y son receptivos de la acción del Espíritu Santo, de aquella otra sabiduría o ciencia humana que excluye la sabiduría cristiana (1 Cor 3, 18).

La obra que analizamos, perfectamente documentada, rigurosa, en la que los textos bíblicos constituyen el nervio del pensamiento expuesto y le dan su lozanía y atractivo, cumple adecuadamente con la finalidad que el Concilio señala a todo estudio de Teología Moral: explicar la grandeza de la vocación de los fieles en Cristo.

José María YANGUAS

COMMISSION BIBLIQUE PONTIFICALE, *Bible et Christologie*, Edit. du Cerf., Paris 1984, 294 pp., 14 x 21.

La Pontificia Comisión Bíblica no tiene la función de hacer exégesis, sino la de promover y orientar los estudios exegeticos, así como la de valorarlos. Recientemente, interrogada dicha Comisión sobre la doctrina relativa a Cristo-Mesías, ha hecho público un documento titulado *De Sacra Scriptura et Christologia* en el que se intenta «post attentum examen investigationum de christologia biblica quae hodie publice prodeunt, in lucem ponere diversas hac in re orientationes diversasque methodos, minime praetermissis periculis quae gignere potest usus exclusivus alicuius methodi ad perfectam intelligentiam acquirendam testimonii biblici et doni Dei in Christo» (p. 9). El prefacio, de donde tomamos estas palabras, está firmado por H. Cazelles y se presenta, lo mismo que todo el documento citado, en latín y en francés.

Se trata de ayudar a pastores y fieles ante las múltiples y variadas formas de estudiar la cristología, así como ante las diversas opiniones originadas. Para ello presenta una panorámica de los estudios cristológicos, señalando la importancia y los posibles peligros que implican. Expone luego los diferentes testimonios de la Sagrada Escritura acerca de la esperanza de la salvación y del Mesías, mostrando cómo se cumplen en Jesucristo. De acuerdo con este orden, el documento tiene dos partes. La primera se titula *Prospectus methodorum quibus hodie problema de Christo pertractatur*. Consta de tres capítulos. El primero